

Columnistas | 28 junio de 2018 | 12:00 AM | Escrito por: Juan David García Ramírez

La ambición totalitaria de los nuevos líderes latinoamericanos

Este 1 de julio, México celebra sus elecciones presidenciales. Así como en Colombia, Chile, Brasil y otros países que recientemente han llevado a cabo el mismo proceso o están próximos a hacerlo, muchos se preocupan por el ascenso de nuevos liderazgos en la escena pública, de movimientos capaces de sacudir las bases de la sociedad y producir cambios en cualquier sentido. Para algunos analistas, comentaristas, empresarios o políticos profesionales y ciudadanos en general, la idea del cambio viene acompañada de un romanticismo floral, al estilo de mayo del 68, con anuncios de un futuro en el que los seres humanos son perfectos y ya no será necesario el poder coercitivo del Estado y de las leyes, para corregir las anomalías sociales y poner límites a las ambiciones de los individuos.

Hay un canto de sirena contemporáneo que escuchan millones de personas decepcionadas con la realidad, y conduce a la pesadilla autoritaria y luego al totalitarismo. De la misma forma que en Rusia los bolcheviques proclamaban el fin de la dinastía Romanov y la instalación de la dictadura del proletariado, y unos años más tarde Hitler y Mussolini se convertían en restauradores de la grandeza, la dignidad y el orgullo nacional de Italia y Alemania, los ídolos de multitudes del siglo XXI están erigiéndose en la respuesta a todos los malestares que se desprenden del natural ejercicio del poder en sociedades abiertas. Sin embargo, sus discursos y propuestas son difíciles de explicar y, aún más, de entender. Finalmente, en su concepción revolucionaria del Estado, como lo argumenta Samuel Huntington -autor muy citado en esta columna-, lo importante es la toma del poder y la conservación del mismo, y la agenda de gobierno puede esperar.

El discurso es lo esencial, aunque esté lleno de planes irrealizables. Andrés Manuel López Obrador, candidato a la presidencia de México por la coalición Juntos Haremos Historia; Gustavo Petro, excandidato por la coalición de la Colombia Humana; y Lula Da Silva, el expresidente de Brasil y actualmente condenado a una pena privativa de la libertad, por formar parte de la multimillonaria trama de corrupción de Odebrecht, pero otra vez candidato, hacen desaparecer la realidad y actúan como mercaderes de ilusiones ante unos ciudadanos perplejos. Es la misma generación, pero más light, del populismo revolucionario de Hugo Chávez, Evo Morales y Cristina Fernández de Kirchner, quienes prometieron la felicidad suprema al pueblo y lo que este obtuvo fue hiperinflación, pobreza, represión de las libertades

políticas y civiles, mayor concentración del poder en manos del Estado y una nueva mentalidad colectivista, tomada de una de las máximas de Benito Mussolini y reciclada en la era global: “todo dentro del Estado, nada por fuera del Estado”.

El Barómetro de las Américas (Americas Barometer), elaborado por la Universidad de Vanderbilt, en Estados Unidos, muestra la tendencia en América Latina a rechazar la democracia o a expresar el descontento de la opinión pública con ella, en un sorprendente promedio de 50%, y a manifestar la preferencia por otras formas de gobierno más efectivas, si las hubiera. Está claro que los nuevos líderes colectivistas resultan atractivos, por el simple hecho de mostrarse como antisistema -aunque fascinados con la conquista del poder-, pero la democracia liberal y las instituciones republicanas, tan desdeñadas hoy en día, corren un grave peligro si los electores se dejan seducir y les permiten tomar el control de sus vidas.

E-mail: juandgar82@gmail.com

PUBLICIDAD